El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII — DIARIO DE LA NOCHE — NÚM. 8910

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—*Provincias.* tres meses, 7'50 id.—*Extranjero,* tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 29 de Setiembre 1888

ECOS DE MADRID.

28 Septiembre de 1888.

Todo es sustos y alarmas en la villa del oso y del madroño.

Sale uno por la tarde á pasear y elije los áridos alrededores de la población para figurarse que el desierto de Sahara está á las puertas de Madrid. La ilusión es completa! A cada paso se encuentran beduinos. Pero esto es lo de menos A lo mejor.. ..es decir á lo peor...¡pin! pan! pun!

—¿Qué es eso?

—Nada ... lo de siempre

—¿Qué es lo de siempre?

— Que andan á tiros los de consumos con los matuteros.

De manera, que un paseo extramuros, puede constituir una serie de peripecias, una colección de vistas y de escenas africanas, y por añadidura hay la probabilidad de encontrar alguna bala perdida

Los matuteros rústicos, menos afortunados que los urbanos, sostienen diariamente escaramuzas y hasta batallas.

Cuando no son estos industriales y los encargados de percibir derechos sobre los artículos de comer, beber y arder los que alteran la monotonía del pascante, exponiéndole á volver á su casa cojo ó manco, ó á no volver, son los muchachos que se apedrean para amaestrarse en el arte de amar al prójimo, los que convierten los arenales que rodean á la corte en campos de Agramante.

No sale uno del circuito de Madrid y se mete en un café. Por poco que se parezca á un provinciano ó á un lugareño acomodado, es decir si tiene cara de hombre de bien, sencillo y bonachón, se convierte en objeto de las asechanzas de los hábiles timadores. Rara es la presa que se escapa á estos diestros explotadores de la humanidad inofensiva y naturalmente codiciosa. Ya han renunciado al cambio de oro por billetes. Ahora aparecen como poseedores de grandes partidas de comestibles que se ven obligados á vender á bajo precio por falta de metálico. ¡Si pudieran esperar! Pero no pueden. Un vencimiento! Un compromiso!

Los incautos caen en la red.

—Ya ve V., decían la otra tarde un par de peces á una presunta víctima. Hemos tomado dos mil y pico de pesetas, dejando en prenda una partida de jamón, que vale cinco mil, lo menos. Aquí tiene V la papeleta de lo que pagamos al fielato. Si no entregamos antes de las doce de esta noche esa cantidad, nos quedamos sin ella.

—Sería una lástima, añadía el compadre, que ese usurero hiciera el negocio.

—Ya lo creo. Para evitarlo hemos reunido todas nuestras alhajas que están en esta cajita... mírelas V... ¡Diablo se me ha perdido la llave!

—La habrás dejado en casa.

— Bien puede ser.. ahora iremos por ella.

—Si el señor quiere ganarse en un momento tres mil pesetas, como no nos conoce, para su garantía le dejamos las joyas. Me da dos mil pesetas, las llevo á ese tunante, tú entretanto vas á buscar la llave. Son las seis, dentro de media hora podemos estar los dos de vuelta y á cosa de las siete vamos con el señor á recojer los jamones.

Así se hizo, y dos horas después, cansado de esperar el que pensaba en tan poco tiempo obtener una *pingüe* ganancia, se fue con la cajita á una cerrajería, la mandó abrir y la encontró llená de plomo.

No va uno al campo ni al café y se limita á pasear por las calles céntricas, á examinar los escaparates. La otra mañana descalabró á dos curiosos la varilla de hierro de la cortina de una tienda, que se cayó sobre ellos

Se mete uno en casita y ¿qué ha de hacer? Leer los periódicos

— Dios mío! exclama uno ¡Precauciones militares! Los oficiales duermen en los cuarteles! ¿Habrá conspiraciones á punto de estallar? ¿Se habrá encontrado la receta de los pronunciamientos, que á Dios gracia, parecía traspapelada?

— Eh! ¿qué ruído es ese? ¿Andan ya á tiros?

— No, señorito. Es que se ha levantado.. .

— ¿Un regimiento?

—No tal, un aire muy fuerte. El ruído ha sido producido por algún portazo.

Y cuando no son los temores políticos los que nos asaltan, las noticias sanitarias nos ponen la soga al cuello.

— Estamos sufriendo una epidemia

—No hay tal cosa.

—La difteria hace estragos.

—Como todos los años y menos que los anteriores.

— Los periódicos dicen. .

—No haga V. caso, hombre. No hay motivo de alarma.

Pero de todos modos, la verdad es que no ganamos para sustos.

Falta hace que regrese la corte; que vuelvan los personajes y las damas elegantes que animan á Madrid; que los teatros nos ofrezcan distracciones, y que el comercio y la industria, que están á dieta, entren en plena convalecencia.

De lo contrario, Madrid que hasta ahora ha dado asunto para comedias y sainetes, sólo podrá ofrecer argumentos de melodramas y tragedias.

Julio Nombela.

Variedades.

RECUERDOS INTIMOS SOBRE FEDERICO III

El profesor Delbrünk está publicando en un periódico prusiano algunos «Recuerdos personales sobre el emperador Federico y su casa.» Durante la mayor parte del año—dice—el kronprinz, y su familia residieron en el castillo de Friedrichskron.

A la comida del medio día asistían sólo el matrimonio y su hijos. Por la tarde, la alta servidumbre era invitada á tomar el té.

«He visto allí diariamente—dice Delbrünk—al kronprinz, y la conversación recaía sobre cualquier asunto de actualidad iniciado por cualquiera, sin observancia de ciertas reglas de etiqueta.

Alguna vez se habla de teoría política y aún de la política militante también. Un día discutíase sobre las ventajas respectivas de la forma de gobierno republicana y de la monárquica, y alguien preguntó si en el cielo hay un grado más alto de virtud para servir á un príncipe malo que á uno bueno.»

Al kronprinz no le agradaba la frivolidad de esa conversación, y mientras la princesa se complacía en debatir el asunto de una manera acalorada, se contentó con decir en un tono poco satisfecho:

«¿A qué viene hablar de esas cosas que no son de ningún provecho?»

Cuando ya no había asunto de conversación llevaban los periódicos de la noche, y cada cual tomaba el que quería. El kronprinz leía una porción de periódicos de todos matices, desde *La Germania* (diario católico,) hasta la *Wolkszeitung* (órgano de los demócratas más exaltados)

Un día, la entonces princesa Victoria, dijo estando en la mesa, á un criado que hacía las veces de mayordomo, porque era uno de los más antiguos y más fieles servidores de la casa: «Hace algunas semanas que mandé pedir Apollinaris y quisiera probarlo. ¿No lo han traído todavía?»

El anciano criado contestó: «Señora, perdone vuestra A. I., pero hay todavía en la mesa una porción de botellas de agua de Seltz, y es preciso bebérselas antes.» Todos los convidados soltaron la carcajada. El kronprinz, se rió como los demás, y luégo dijo con severidad:

«Amigo mío, te ruego que cuando S. A la princesa mande algo, obedezcas inmediatamente.»

En Berlín no daban los príncipes comidas. Su hijo Waldemar, discípulo de Delbrünk, que murió en 1879, daba las buenas noches á sus padres, y cuando ya estaba en la cama, su madre entraba en el dormitorio á darle un beso.

M. Delbrünk habla de su discípulo como de un muchacho de mucha fuerza de voluntad, de carácter angelical, dispuesto como todos los muchachos á dar mucho que hacer á su maestro, pero siempre pronto á quitarle el mal humor, halagándolo.

Un día había llamado *imbécil* á un compañero suyo, hijo del conde de Eulemburgo.

El hijo del conde contestó con vehemencia:

«No te permito que me hables así: no debes llamarme imbécil.» «De veras, contestó el príncipe, ¿no quieres? Pues no eres poco orgulloso. A mí no me importaría que cualquier amigo me llamase imbécil.» Y levantando la voz, añadió:

«No me importaría, señor conde, señor conde.»

Después de la muerte del príncipe Waldemar, sus padres, para huir del bullicio de la corte, fueron á pasar el invierno de 1880 á Pegli, en Italia.

Allí visitó Delbrünk á la madre de su antiguo discípulo. «¿Vuestra alteza imperial—le dijo—tiene deseos de saber por qué se encuentra aquí?»

«Si, por cierto.» «Pues bien, vea vuestra Alteza lo que dicen los berlineses »

En primer lugar dicen que V. A quería levantar una valla alrededor de cierta parte del jardín de Friedrichskron, y el emperador lo ha prohibido, razón por la cual V. A. ha sido desterrada aquí. Añaden los berlineses que además ha tenido V. A. otro disgusto con el emperador, por oponerse éste terminantemente á que V. A. abriese una fechería en Hiergarten.

En tercer lugar, dicen que á la muerte del príncipe Waldemar, exigió que el príncipe Enrique regresara inmediatamente de su viaje de circunnavegación, y que de allí resultó un conflicto con S. M. el Emperador, el cual decretó este destierro.

Finalmente, Vuesta alteza padece—dicen en Berlín—de ciertos ataques á la cabeza, y se halla aquí sometida á la asistencia de los médicos.—«¡Dios mío! verse desterrada, en compañía de su marido y de sus hijos, en este país que es más hermoso del mundo, no tendría nada de desagradable—contestó la princesa sin enojarse.

* * *

Cuanto á las ideas políticas del Emperador Federico, hé aquí lo que dice Mr. Delbrünck en los artículos á que venimos refiriéndonos:

«Era verdaderamente nacional y se hallaba muy por encima de todos los partidos.

No puede decirse propiamente por lo tanto que fuese liberal, pero sí se puede afirmar que era más libre, más tolerante que los que generalmente rodean á los emperadores y á los Reyes.

Sus ideas fundamentales eran las de un militar prusiano; ese sentimiento militar fundamental no le impedía que tratase con afecto y amabilidad á los hombres de honor, de todas las clases sociales.

Y esto con sus aspiraciones nacionalistas germánicas, formadas cuando aún era muy joven, es lo que principalmente lo diferenciaban del antiguo partido reaccionario prusiano.

Ya en 1855, Federico rompió para siempre con el estrecho criterio de aquel partido. Sus relaciones con Bunsen Usedow, Vincko, Twesten, Hoverbeck, y la influencia de su suegro el príncipe Alberto desenvolvieron el liberalismo de sus ideas.

Después de 1870 el kronprinz solía decir de la intimidad, que la experiencia histórica demostraba que todos los Estados, cuando llegan al apogeo de su poderío político, empiezan á entrar en un período de decadencia.

El primer síntoma de esto era la decadencia de la pública moralidad, y las especulaciones que siguieron á la guerra de 1870 en Alemania le parecían indicar la existencia de ese peligro.

Federico era un adversario decidido de movimiento antisemítico.

ORIGEN DE LOS PENDIENTES

—o—

Se cuenta una leyenda que si no tiene grandes caracteres de verosimilitud, es curiosa y bien inventada.

Este adorno femenino, un poco salvaje por cierto, y al cual las mujeres son fieles después de tantos siglos, á pesar de que deforma las orejas, fue empleado por vez primera nada menos que por iniciativa de Abraham.

Como es sabido, el respetable patriarca deseaba tener sucesión y no lo lograba con su esposa Sara.

Abraham se fijó en su esclava Agar, joven, robusta, bella y apetitosa, y decidido á tener un heredero, no tuvo inconveniente en pegársela á su costilla.

Este no tuvo en cuenta la *razón de Estado,* que obligaba á su marido á serle infiel, y concibió la idea de desfigurar á Agar; idea á que el vitriolo ha dado éxito y ayuda en nuestros tiempos.

Pero Sara no llevó tan adelante sus proyectos; bien es verdad que tampoco debía conocerse entonces el vitriolo.

La celosa esposa, que dio parte de sus propósitos á su marido el patriarca, se contentó con perforar las orejas de la esclava, á ruegos han, que le pidió por gracia no tocarle á la que tan hermosa era.

Cuando Agar se vió con las orejas agujereadas estaba inconsolable; pero el solici-toy